

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Diálogos Olímpicos. Cristo y Mammon. — Por CARLOS REYLES, 1919.

Siguiendo el plan que, con tanta originalidad como buen gusto, ha elegido este eminente pensador y literato nuestro para darnos a conocer sus conceptos sobre la vida y su opinión sobre algunos problemas fundamentales que afectan a la humanidad, Reyles, en esta segunda parte de su obra, coloca frente a frente a Cristo y a Mammon, es decir, al representante más genuino del desinterés y al Dios del egoísmo.

Delante del tribunal Olímpico, presidido por Zeus y en donde todavía perduran los ecos de la magnífica controversia sostenida por Apolo y Dionisos, Dioses del espíritu y la materia, el dulce Nazareno, « con las flacas manos cruzadas sobre el hundido pecho, el rostro demacrado y la mirada afligida » y el viejo Pluto rejuvenecido y escandalizando un poco la majestad del Empireo con su vestidura de perfecto y moderno gentleman, con monóculo y un habano encendido entre los labios, oponen las razones que ambos tienen para pretender gobernar al mundo.

Digamos desde ya que en esa justa el triunfo corresponde a Mammon, de una manera tan amplia que todos los Dioses, sin exceptuar al mismo Jesús, lo reconocen.

Quien conozca la tesis esbozada por Reyles en « La Muerte del Cisne » y desarrollada ahora con toda amplitud en los dos tomos de sus « Diálogos », no puede extrañarse de esta conclusión, por más peregrina que parezca.

Es un libro, pues, que desconcierta y hace vacilar las ideas ancestralmente arraigadas en el fondo de las almas. El autor cree ¡ cómo no creerlo ! que la bondad, el amor al semejante, el desprecio por el oro, el altruismo, deben ser los pilares angulares sobre los que se asienta la humanidad; pero no opina que a ese desideratum se vaya por la ruta que nos trazara el Nazareno, y veinte siglos de experiencia parecen hablar por su boca.

Se ve bien que el autor se coloca para mirar la vida dentro de la realidad y ama construir el palacio de sus ideas no con los frágiles cristales del ensueño, sino con la piedra dura y el granito eterno de la verdad.

Algunos creen, desconociendo evidentemente el fondo de sus doctrinas, que Royles está embarcado en una tendencia funesta, porque suponen que nuestras sociedades son asaz mercaderes ya y si algo necesitan son filósofos que fustiguen su inclinación a la venalidad y al interés. De ahí el triunfo obtenido por otro gran pensador nuestro que podría ser considerado como antagónico de Royles y decimos *podría*, porque este antagonismo, en realidad, es solo aparente. Estamos seguros que si el autor de « La Raza de Cain » creyera consolidar por este medio la paz, el desinterés y todos los altos postulados humanos, sería el primero en esgrimir un látigo de triple trenza.

Royles cree, con más sentimiento de la realidad, que el egoísmo está en la sustancia íntima de nuestra arquitectura y es, a pesar de todo, el más poderoso motor con que cuenta la humanidad para marchar a la conquista de sus destinos. Todo cuanto significa, tanto en materia de arte, como de ciencia, como de religión, un progreso, un nuevo peldaño alcanzado, débese, casi exclusivamente, al imperio de esta fuerza; bien es cierto que también produce, cuando se la maneja sin freno alguno, hecatombes y retrocesos.

Pero, entonces, lo que debe hacerse, no es destruir el sentimiento del interés, cosa imposible por otra parte, sino encauzarlo para sacar de él los frutos magníficos que puede dar, inclusive aquellos que le son más contradictorios.

Llegar al altruismo por el egoísmo, a la afirmación por la negación; ser fuerte para poder ser nobles y librarnos de ser víctimas de nuestra nobleza, ser ricos para poder ser ampliamente generosos: en eso estriba el fundamento y el concepto original de Royles.

No es, pues, un positivista puro como se dice, está al lado de los que sueñan y bregan por el mejoramiento espiritual y moral de la especie. Quiere orientar las fuerzas oscuras, dar al Quijote la parte de Sancho que precisa para triunfar, hacer, en una palabra, con nuestros instintos y pasiones, lo que se hace con el raudal de las cataratas, transformarlos de impulso ciego, en fuente de progreso, de vida y de luz.

De este modo quien, mirado superficialmente, podría pasar como un exaltador y propagador de sentimientos inferiores, surge, en realidad, como un apóstol de las más altas virtudes; y el idealista más empedernido debe mirar con profunda simpatía su obra ya que ella muestra el camino más certero, y acaso el único, para poder hacer práctica y real esa humanidad mejor a la que aspiran todos los hombres bien intencionados.

Tratándose de quien se trata, un eximio maestro del decir, creemos innecesario agregar a este pequeño juicio el homenaje de nuestra admiración para su prosa. Royles en esta obra, como en todas las

suyas, sobrecoge por la precisión, la flexibilidad y la galanura de su forma. Un tema árido de sí, como lo son las especulaciones filosóficas, adquiere al conjuro de sus manos de artífice no sé qué influjo cautivante y musical que deja en el lector un sentimiento de pesar cuando con la última página del libro concluye de extasiarnos. — J. M. D.

De Profundis. — OSCAR WILDE, traducido por A. A. VASSEUR. — Editorial América, Madrid 1919.

Este tomo nuevo de la Editorial América, nos trae el esfuerzo de un compatriota estudioso y trabajador, al evocarnos en una traducción hermosísima el espíritu atormentado de Oscar Wilde.

« De profundis » reúne las páginas desengañadas y esperanzadas que Wilde escribió en la cárcel, antes que volviera al mundo real deshecho para siempre.

Oscar Wilde tiene detractores y fanáticos a granel. Su obra y su vida levantaron un remolino. Sin embargo tenemos que convenir que su arte es admirable y que su genio triunfará de la muerte y de la vida, a pesar del olvido con que los ingleses quisieron tapiar la puerta de su celda.

De todas las invectivas arrojadas contra su obra, sólo podríamos tener en cuenta la del pintor Wislenski, que acaba de contarnos Gómez Carrillo en sus memorias, y que se traduce en la ironía de aquella anécdota: « ¡ Oh ! esa es una frase que yo habría querido hacer », — que dijo Oscar, — y que Wislenski, muy frío, respondió: « Tranquilízate... ya la harás »....

Algo hay en realidad en las obras de Wilde, de las obras de todo el mundo, pero la acusación que pudo pesarle como una cruz, es muy vaga y muy torpe para ese genio que tuvo en sus manos al éxito, a la gloria, al arte, como se tiene durante un rato una moneda, una flor o una piedra.

« De Profundis » está salpicada de divagaciones difusas, propia del estado anímico de Wilde, — pero tiene bellezas innumerables, honradas, resplandecientes, nuevas.

Y sobre todo, confunde el pensamiento del lector, que un hombre así, que ahonda la vida buscando la médula de tan alta y tan bella manera, tuviese al mismo tiempo que comenzar el día arredillándose para lavar el piso de la celda....

« Hay días que es necesario tener una frente de bronce, labios despreciantes para poder llegar hasta la noche », — dice a cierta altura, — y estremece el alma al decirlo.

Sostiene en otra parte, con el ingenio de siempre, que todo se realiza en el cerebro, los grandes placeres y los grandes delitos, puesto que no vemos con los ojos ni oímos con los oídos, y puesto que « es